

EL HOMBRE DEL ESPEJO

El hombre del traje gris interrumpió su trabajo por un instante y se secó el ardiente sudor de su frente con un sucio y arrugado pañuelo. Prosiguió desarmando el carro de la compra hasta dejarlo convertido en un esqueleto de metal. Sobre su base colocó el rectangular espejo con sumo cuidado y no sin dificultad. Con unas cuerdas deshilachadas comenzó a amortajar el espejo, haciendo descargar el muerto lago sobre el armazón metálico que se había convertido ya en su tumba. Abrió la puerta de su casa y arrastró el carro hasta el comienzo del viejo descansillo de madera. Fue deslizándolo por las interminables escaleras hasta llegar al portal. Nada más abrir la verja, un vaho insoportable golpeó su rostro. El sol cegó sus ojos y comenzó a andar por las desmanteladas avenidas de la gran ciudad. Las calles estaban dispuestas como las casillas de un tablero de ajedrez. La perfección de la nueva urbe era milimétricamente insulsa. Los semáforos, eléctricos guardianes de tráfico para una población mecánica, se disponían en hileras dando paso al hombre del traje gris.

Portando su pesada carga, a la puerta de su mente picaron con mano arrugada los recuerdos de la niñez. Siempre había sido un tipo raro. Ya en el colegio se veía como un solitario infante cuyos únicos compañeros de juego eran las repetidas imágenes de su cuerpo en las cristaleras del aulario. Esa adicción patológica desapareció con el paso del tiempo, cuando su mundo imaginario fue aplacándose ante la suave y progresiva irrupción de la experiencia de la vida. Su existencia de caracol, de escarabajo que se enrosca sobre sí mismo ante el miedo a la vida, había pasado a ser vivencia de águila, que con suma majestuosidad extiende sus alas sobre su universo, sintiéndose dueño y señor de su destino. Como el rey de los pájaros había vivido hasta el inicio de su adolescencia, pero fue en ésta cuando el gran pájaro decidió dejar de volar en el mundo real para volver a sumergirse en la más completa esfera azul imaginaria. Entonces el sufrimiento del purgatorio, la inmersión en la oscuridad con una pequeña luz al fondo que te anuncia que hay una mínima, aunque difícil salida, se volvió a apoderar de él. La alienación se cebó en él como una dantesca mendiga que repetidas veces viene a pedirte el alma a la puerta de tu casa.

De repente un estridente ruido despertó al hombre de sus pesados recuerdos. Poco más y un coche se hubiese abalanzado

sobre él , si no fuese por la pericia del conductor. El hombre del espejo, nervioso y azorado, veía atónito cómo un individuo, enorme y pesado como un gran oso, salía de su coche y lo amenazaba con los improperios más diversos. El hombre se echó a llorar con la más total expresión de ausencia. El conductor al ver la tan singular apariencia del sujeto, con ese traje descuidado, el armazón metálico y el espejo por carga, lo confundió con un mendigo y, juzgándolo como un tipo mezquino e insignificante, lo dejó por imposible. Tras el pequeño incidente del casi atropello, el hombre del espejo siguió caminando, intentando recuperarse de la pesadumbre que le embargaba a causa del reciente incidente, dado que tenía un fin que acometer que ni nada ni nadie le iban a impedir.

De nuevo los recuerdos llamaron insistentemente a su puerta. Aún tenía presente aquel infierno de adolescencia. Fue entonces cuando empezó a tener como único compañero de fatigas ahora ya no a los repetidas cristaleras del colegio, sino al rectangular espejo de su cuarto gris. Durante años y años fue esclavo de la superficie de estaño. Su mundo de vegetal necesitaba apoyarse en una imagen de sí mismo. La ausencia de su mismidad se clavaba en la mirada tortuosa hacia el espejo y era producto de una pobreza ,fruto de la falta de interés por el

mundo exterior, que dominaba toda su vida. Como cuando era un niño de cinco años, no asumía su cuerpo. Se veía excesivamente delgado. Prematuramente ajado por una piel de brillos mortecinos. Su progresión física, su transformación de adolescente descuadrado a hombre maduro fue milimétricamente observada por el hombre del traje gris. Tras sus estudios poco brillantes, el joven logró colocarse, gracias a la influencia de sus padres, en una de tantas oficinas. Marchó de la casa de éstos con su equipaje, siendo de éste lo máspreciado para él, y objeto de culto, su viejo y rectangular espejo. La adicción al espejo era casi perpetua y sin vuelta atrás. La droga que lo hacía vivir, su contemplación en el espejo, había experimentado cierto cambio de matiz con el paso del tiempo. A los quince años lo que veía en él era detestable. Ahora, a los veinticinco, ya no experimentaba ese sufrimiento de la no aceptación. De la anulación como ser. En la actualidad lo que veía era motivo de un sentimiento de narcisismo. Pero dicho narcisismo era tan peligroso como el sentimiento de anulación. Al fin y al cabo, ambas emociones eran los dos polos opuestos entre los que se movía el péndulo de su más absoluto Ego. Pero su enfermizo pecado, el encierro en sí mismo, fue paradójicamente redimido por una hermosa Eva. Durante las vacaciones de verano, el

hombre se confinó en casa frente al espejo. Toda su vida se desarrollaba delante del espejo. Comía ,bebía, dormía, leía apenas los grandes titulares del periódico, hablaba por teléfono con sus escasos amigos. Hasta que cierto día estalló en un ataque de ira fruto de su más profunda alienación. Arrancó de cuajo las pálidas cortinas y la luz de verano que entraba de forma mortecina dio paso a una cegadora claridad, gracias a la cual pudo ver la más bella imagen que jamás había observado. A través del espejo, en una esquina de éste, vio en la ventana de enfrente a una mujer desnudándose. Su piel y su cuerpo eran los destellos de un blanco cisne. El hombre ante la imagen de la mujer quedó deslumbrado. Por primera vez se había interesado por un ser que no era él mismo. La mujer, con su cuerpo desnudo, comía con sus encarnada boca una roja manzana. A partir de ese momento su principal objeto de observación era la mujer y no su cuerpo. Los días de verano fueron pasando. Mientras, a través de la superficie rectangular, veía cómo la mujer comía , bebía, leía, hablaba por teléfono. La Venus del Espejo posaba con toda su inconsciencia para el mejor de los pintores que había en la manzana de casas. El hombre se fue ilusionando cada vez más con la bella mujer: ¿Cuál sería su nombre?. ¿Qué intereses tendría?. Salía de sí mismo para entrar

de nuevo en él, pero de otra forma más liberadora: la libertad y el autoconocimiento que proporciona el amor. Pronto se dio cuenta que su amor por la mujer de ninguna forma podría quedarse en platónico. Ello sería una herida tan peligrosa como las sufridas anteriormente. Así pues, por primera vez salió tras mucho tiempo de su casa. Empezó a hablar con el vecindario. A atar cabos y por fin consiguió el número de teléfono y cierta información acerca de la mujer.

Fue entonces cuando esa mañana se dispuso a romper con su pasado para dar el gran paso de abrirse al mundo, quizás de forma un tanto arriesgada y ,sin duda alguna, algo disparatada. ¿ tendría el valor suficiente? ¿ Sentiría el miedo del rechazo de sí mismo esta vez en otra persona?. Supondría una gran aventura , pero, resultase al final como resultase , sería un gran acto de heroísmo. Los grandes y bellos ojos de la mujer eran ventanas al mundo que nunca se había atrevido a abrir.

Por fin, el hombre llegó al puerto de la gran ciudad. Era un domingo tranquilo, sin apenas actividad. Se acercó al muelle. Desató el espejo del esqueleto metálico. Lo lanzó hacia el gran espejo del mundo : El océano azul y empantanado, la gran placenta de su seno materno. El líquido amniótico en el que a

partir de ahora se movería de nuevo otra vez sin miedo a dejar
de ser el mismo.